

Interviews

Estrategias feministas mexicanas en el siglo XXI: entrevista a Sara Sefchovich

William Daniel Holcombe
Arizona State University

Si algunos debates sociológicos o culturales se presentan y se impulsan por una voz intelectual, cabe preguntar si importa que esa voz sea femenina o masculina. Es un tema clave, entre otros, que autora y cronista Sara Sefchovich (1949, Ciudad de México) aclara y desarrolla en la siguiente entrevista que resulta, en parte, de una investigación sobre la criba de sus tres textos sociológicos más recientes: *La suerte de la consorte* (1999), *País de mentiras* (2008) y *¿Son mejores las mujeres?* (2011). Dichos textos funcionan como *blogs*, materiales que sintetizan, mediante las nuevas ediciones, los discursos públicos de las crónicas, las charlas de la radio y las correspondencias incontables entre la autora feminista y su público. Sefchovich inspira a sus lectores a pensar por sí mismos y busca prenderle fuego al debate sobre los asuntos más urgentes de la vida cotidiana mexicana. Además, toma el pulso de los feminismos mexicanos al escribir sobre el desprecio de los mismos y al explicar el surgimiento del movimiento feminista en México. Su análisis feminista sobre el esencialismo, por ejemplo, queda patente en el título del texto, *¿Son mejores las mujeres?*, que cuestiona el *mujerismo*,¹ la perspectiva esencialista radical de algunas feministas que mantiene que la mujer es superior a los hombres. Aunque rechaza dicho *mujerismo*, la autora logra enfocarse tanto en el cuerpo de la mujer como en la sociedad mexicana.

Sefchovich aporta en la entrevista que sigue una bibliografía esencial de su obra y revela los temas socioculturales más vitales al debate. Aclara cómo ella se percibe dentro de los feminismos y comparte que no concibe de una *posicionalidad* como autora ante la sociedad mexicana. Es más, como respuesta a las preguntas aquí basadas en los feminismos norteamericanos y europeos, Sefchovich explica que el feminismo que ella utiliza es mayormente autónomo, que no conoce los feminismos norteamericanos y que no los considera parte de su

teoría. Eso implica, entonces, que utiliza los feminismos desarrollados en México para aproximarse a los temas sociales que le interesan y para debatirlos nacional e internacionalmente.

Enfatiza que no importa que la voz intelectual sea femenina o masculina. Lo que realmente importa es el debate que tanto aviva. A través de décadas de comunicación entre Sefchovich y sus lectores, ha logrado sostener el debate al publicar varias cartas, correos electrónicos y otras correspondencias en las nuevas ediciones de los textos mencionados aquí. Dicho debate documenta que el público de diversos sectores sociales lee la obra de Sefchovich y que tanto la autora como su obra inspiran discursos imprescindibles sobre la sociedad mexicana actual. Además, en un mundo cada vez más postnacional, las aportaciones sociohistóricas provenientes de cualquier cultura impactan a varias otras sociedades y, en el caso de México, los asuntos que se debaten dentro del país son relevantes mundialmente y viceversa. Sefchovich subraya esta subjetivación de la sociedad mexicana al disponer que su propia voz intelectual no solamente tenga agencia dentro de la sociedad mexicana sino en varias otras sociedades. Entonces, las investigaciones y las observaciones socioculturales tan perspicaces en su obra rompen los silencios y facilitan el debate al nivel nacional mexicana vis-à-vis una sociedad global emergente.

W. Daniel Holcombe: El enfoque de mis investigaciones sobre su obra gira en torno a los aportes suyos a la sociedad mexicana a través del retrato de la mujer ante la nación mexicana en tres textos claves: *La suerte de la consorte: las esposas de los gobernantes de México: historia de un olvido y relato de un fracaso* (1999, 2002, 2010, 2012 ediciones corregidas, aumentadas y puestas al día), *País de mentiras: la distancia entre el discurso y la realidad en la cultura mexicana* (2008, 2012 edición puesta al día), y *¿Son mejores las mujeres?* (2011).

Sara Sefchovich: Esos tres libros que mencionas son los más recientes que he escrito y en efecto, dos de ellos tienen que ver de manera directa con las mujeres, pero el otro, *País de mentiras*, no. El tema de las mujeres es una constante en mi trabajo, en muchos textos se lo toca de manera directa, por ejemplo en *Mujeres en espejo* (1983) y *Mujeres en espejo 2* (1985), en *Gabriela Mistral, en fuego y agua dibujada* (1997), en *Veinte preguntas ciudadanas a la mitad más visible de la pareja presidencial con todo y sus respuestas también*

ciudadanas (2004) y por supuesto en mis novelas *Demasiado amor* (1990), *La señora de los sueños* (1993) y *Vivir la vida* (2000), además de en muchísimos capítulos de libros colectivos y artículos. En otros textos se toca el tema de manera tangencial, por ejemplo en *México: país de ideas país de novelas* (1987) o en *Ideología y ficción en la obra de Luis Spota* (1985). Pero mi trabajo no es, por extraño que pueda parecer, sobre mujeres. Lo que a mí me interesa es analizar de manera más amplia la cultura, desde una perspectiva sociológica, es decir, por qué surge, en cada momento de la historia, cierto tipo de cultura, ciertos comportamientos y ciertos modos de pensar. Esas son las preocupaciones que yo he tenido en mis libros.

WDH: Como punto de partida, me gustaría enfocarme en el tema de la mujer pública vs. la mujer hogareña tal como aparecen retratadas en la obra suya.

SS: Necesito hacerte un comentario: si tú dices “mujer pública” en México, quiere decir “prostituta”. En el español de México, una mujer pública es una prostituta. A las feministas y a mí en particular, nos gusta jugar con el término a propósito. Yo siempre digo que soy una mujer pública y lo soy en los dos sentidos: en el sentido norteamericano de alguien que participa de la cosa pública, pero juego también con la idea de la prostituta porque justamente creo que hay que reivindicar ese nombre. Yo juego con eso pero hay gente que no. Por lo que se refiere a la mujer hogareña, tampoco es el versus de la mujer pública, es la otra cara de una misma moneda porque todas somos mujeres hogareñas aunque no todas somos mujeres públicas en ninguno de los dos sentidos de la palabra. No hay esferas separadas.

WDH: En la portada de *País de mentiras* (2008) usted invita al público a seguir exponiendo las mentiras locales y nacionales en la red, fomentando el debate en el ciberespacio. ¿Hay novedades en el debate por este medio?

SS: Por ese medio de la red, no fue posible. Pero lo hicimos a través de los correos electrónicos que mandaron los lectores tanto a la editorial como a mí. Y no se estableció un debate porque no sé si conoces cómo funciona la manera en que los lectores en México comentan, pero sucede que hay mucha gente que insulta y otra que dice lo que quiere decir y no le importa participar en un debate. Pero con los que me mandaron correos electrónicos con información, con correcciones, con propuestas, yo sí tuve una relación e incorporé todo en la siguiente

edición del libro que ya salió publicada, una edición puesta al día, que abarca hasta fines del gobierno de Felipe Calderón, con las mentiras más importantes de esta época que son sobre todo las que tienen que ver con la lucha contra el narcotráfico y la inseguridad e incorporé toda esa discusión. Esto lo he hecho con todos mis libros; lo hice también con *La suerte de la consorte*, ya va a salir la cuarta edición puesta al día hasta fines del sexenio de Calderón y el inicio del próximo, el de Peña Nieto, y siempre incorporo lo que me mandan los lectores, lo que debatimos a través de correo electrónico con aquellos que me dicen cosas sensatas, que me dan información, que me comparten citas, por supuesto, aquellas que yo puedo comprobar. Entonces, la respuesta a esta pregunta sería sí y no. No fue como lo habíamos planeado pero sí se hizo con aquellos lectores que buscaron una manera de acercarse a mí a través de email o de cartas, y con los que se dio un debate y sobre todo un trabajo de obtener más información.

WDH: ¿Cuál es el asunto o tema social más importante que usted busca debatir?

SS: Lo que a mí me interesa es entender a México desde una perspectiva cultural pero esto no lo entiendo en el mismo sentido de los *cultural studies* que se hacen en los Estados Unidos y tampoco lo entiendo en el sentido tradicional de estudiar la cultura que se hace en México donde estudias, por ejemplo, la literatura o estudias el arte o estudias la historia. Yo quiero mezclarlo todo. Soy totalmente interdisciplinaria en mis temas, en mis métodos, en mis fuentes. Cada vez he podido ir avanzando un poco más en ese objetivo, por ejemplo, en *País de ideas, país de novelas*, yo trataba de entender por qué surgía un cierto tipo de literatura en cada momento histórico, pero ya en *La suerte de la consorte*, traté de entender por qué surgía una serie de comportamientos sociales, así que ya era más amplio. En *País de mentiras* quise entender por qué el discurso público le miente a los mexicanos, de dónde sale esa manera de ser y qué significa eso en términos culturales. Como ves, dentro de un mismo objetivo le voy buscando por otro lado y la búsqueda va creciendo, y creciendo, y creciendo. Ahora estoy preparando un libro que pretende unir todas estas cosas, todas estas maneras de entender, para explicarme la manera de funcionar de la sociedad mexicana sociológicamente, históricamente, culturalmente, una forma mucho más amplia y más compleja que la que tradicionalmente se usa. No estoy hablando de psicología. No

voy a analizar los defectos o los complejos del mexicano como se analizaban en los años treinta y cuarenta del siglo XX por Samuel Ramos, Octavio Paz y otros autores, ni tampoco esa moda que desde mediados del siglo pasado se presenta de manera recurrente y que pretende entenderlo todo desde la identidad, ni la manera actual que busca las contradicciones en la manera de comportarse de los mexicanos, sino de una manera sociológica: la cultura como resultado de lo que ha sido la historia de México y de lo que ha sido la realidad cotidiana de los ciudadanos de este país. Yo no me pregunto por la identidad, yo me pregunto por la ciudadanía. Creo que esta es la pregunta actual mientras que aquella es una pregunta del siglo XIX que no corresponde al mundo global. A mí no me importa este tipo de cuestiones, lo que me importa es la comprensión de la manera de ser en este momento.

WDH: En *¿Son mejores las mujeres?* (2011) ambas Marta Lamas y usted mencionan la perspectiva esencialista de algunas feministas, el *mujerismo*, y el efecto social que tiene, tanto en los feminismos como en la sociedad mexicana. ¿Podría exponer sobre dicho *mujerismo* y la noción de la Mujer (con mayúsculas) como conceptos de una geografía feminista o como aún otras mentiras?

SS: La respuesta anterior un poco tocó con esto. Yo no concibo la noción de Mujer con mayúscula ni tampoco la de una geografía feminista. Aquella porque tanto en términos de la mujer como en términos generales, no me gustan las ideas esencialistas. Esta porque no la entiendo.

Me explico: yo no pienso que la mujer es esto o debe ser esto. No. Cada mujer y cada grupo social en cada país, en cada cultura y en cada momento histórico funcionan de otra manera. En el mismo México no puedes hablar de una mujer. Hay miles de posibilidades. Lo mismo respecto a los indígenas, a los jóvenes, a los terroristas, a los revolucionarios. Nos gusta clasificarlos, meterlos en un cuadrado porque es más cómodo para el que está trabajando pero no es cómo son las cosas. Las cosas son bastante más complejas. Entonces, por eso no concibo a una Mujer. Creo que este tipo de perspectivas son dañinas y, por eso, en el libro crítico (y lo he criticado en muchos otros lugares), esta idea *mujerista* de que todo lo que hacen las mujeres, porque lo hacen las mujeres, es bueno, o todo lo que hacen los indios o los jóvenes o cualquiera de estas categorías esencialistas. Yo no

estoy de acuerdo con ellas y creo que nosotros, si realmente queremos entender la sociedad (que es mi objetivo), tenemos que entender las diversidades. Hay mujeres que hablan bien o que escriben bien, y otras que no y no porque son mujeres yo tengo que aplaudir su literatura. Hay jóvenes que salen a la calle y hacen propuestas interesantes y hay jóvenes que no, que queman camiones, que cierran los pasos, que hacen agresiones y no porque son jóvenes tengo que estar de acuerdo con ellos. Para que los análisis no sean esencialistas tienen que estar en función de cada una de las circunstancias porque esta misma salida de los jóvenes a las calles, en ciertas circunstancias, en cierto contexto, puede ser algo revolucionario o puede ser todo lo contrario. Y en la literatura de las mujeres lo mismo. Entonces, me cuido mucho con este tipo de términos y reclamo a quienes los adoptan como formas de conducta y de pensamiento.

WDH: ¿Usted piensa que este esencialismo limitante resulta como una respuesta al esencialismo masculino que define la vida y la historia públicas de la nación?

SS: Puede ser. Puede ser que cuando empezó el feminismo, que tenía que tomar su propia causa y separarse de las otras causas, identificarse, definirse, empezó haciéndolo en contra del hombre en general y afirmando que como estuvimos tantos años en silencio, ahora que ya podemos hablar todo lo que tenemos que decir es bueno. Era lógico que así se pensara porque, pues uno se tiene que ir al otro extremo la primera vez que establece su identidad y su reivindicación. Sucede tanto en los grupos sociales como en la gente individual, por ejemplo, en los adolescentes que se rebelan contra la familia, es la manera de establecer tu identidad y de fijar tus causas, y tus objetivos, y tus prioridades. Pero esto después debe dejarse atrás. El feminismo ya ha cambiado al mundo, ya no necesitamos definirnos en función de, o en contra de, ni en función de que todo lo que yo hago es bueno por el hecho que estuve tantos siglos en silencio.

WDH: ¿Qué opina usted sobre la aplicación de las teorías feministas norteamericanas o europeas al analizar América Latina?

SS: El feminismo mío, como te puedes dar cuenta en el libro, no es un feminismo militante, ni en términos teóricos, ni de acción. Yo estuve en el nacimiento del feminismo en México porque en la universidad conocí a las mujeres que lo iniciaron y juntas empezamos a armar esas cosas. Pero mi trabajo teórico en la vida va por la cuestión de

interpretación sociológica y cultural. Yo no sé teoría feminista; yo no leo teoría feminista; yo no pienso en términos de teoría feminista. Tampoco soy militante. Participo cuando hay que apoyar una causa y siempre defiendo al feminismo porque estoy convencida de su importancia social, cultural y personal. En *¿Son mejores las mujeres?* reúno cuarenta años de pensar en esos temas es desde mi perspectiva como escritora de novelas y como académica universitaria que no hace teoría feminista y no piensa en los temas que las feministas probablemente estén pensando ahora. Entonces, esto que me preguntas de América Latina, yo no lo sé y tampoco lo sabría de Estados Unidos, ni de Europa, ni de África, ni de nada. Tengo la información general que tiene toda la gente que está informada e interesada en un tema. Mis temas teóricos y mis temas de trabajo van por otro lado.

WDH: Al traducir las palabras de Rosalind Petchesky en *¿Son mejores las mujeres?*, usted mantiene que: “El feminismo ha mostrado que lo personal es político, lo cual nos permite salir de la falsa dicotomía de las esferas separadas” (353). Para mí, este es un tema imprescindible de su obra: definir la mujer hogareña versus la mujer en el ámbito público. Además, el profesor David William Foster, en su artículo “País de mentiras; la distancia entre el discurso y la realidad en la cultura mexicana” (2009), expone que al escribir su obra, usted aporta una voz femenina intelectual sobre la cultura mexicana (218).² Desde una perspectiva sociopolítica, ¿podría comentar sobre la agencialidad política que aporta dicha voz femenina intelectual?

SS: Quiero separar tu pregunta en dos partes. Primero, las palabras que dicen que lo personal es lo político fueron fundamentales para el nacimiento del feminismo. El hecho de que las mujeres se dieran cuenta de que lo que hacían como mujeres adentro de su hogar, en la vida de familia, etc., no era solo su vida propia sino que era la vida de todas las mujeres, unas con mejores condiciones, otras con peores, unas con más dinero, unas con menos, pero era la vida de todas, lo hizo político. Fue un avance muy importante pensar que esto que te sucede no es un asunto nada más tuyo sino es asunto de muchas y que había que pelear por conseguir mejores condiciones para todas. Así sucedió en ese momento en que nacía el feminismo y yo creo que eso sigue valiendo ahora. Cuando se habla del aborto, cuando se habla de los derechos sexuales, cuando se habla de la maternidad, no como un asunto mío aislado sino como asunto de todas las mujeres,

de cualquier país y de cualquier condición social, porque en eso todas comparten lo que es su trabajo principal, entonces, es mucho más significativo y la lucha adquiere una dimensión más amplia y una dimensión universal.

La otra parte de la pregunta tiene que ver conmigo y lo que el Dr. Foster muy generosamente considera que yo puedo aportar, pero eso lo dice él, yo no sé qué es lo que yo puedo aportar en términos ni de intelectual ni de ninguna otra manera. Quisiera eso sí, hacerlo. Cada persona y, en este sentido a mí me pasa lo mismo, somos una voz desde el lugar del mundo en que nos toca estar. En mi caso ser una mujer de clase media, mexicana, judía, feminista, de izquierda, universitaria, novelista, periodista. Cada una de estas facetas que conforman mi vida, como conforman la del todo el mundo muchas facetas, es el lugar desde el que estás parado y es el lugar desde el que hablas y es el lugar desde el que tratas de aportar. Yo no creo, por ejemplo, que para una indígena en Chiapas lo que yo digo aparentemente le sirva para nada. Pero digo aparentemente porque si mi trabajo pretende que todas las mujeres tengan derechos, apoyos para vivir de otra manera, para salir de la pobreza, para tener salud, etc. entonces, es un tipo de lucha en la que se consiguen ciertos avances que le pueden llegar a las personas que no escriben ni leen los libros o que no están en las luchas o que viven muy alejadas. Pero es una aportación difícil de medir en el corto plazo y te repito, yo no puedo calificar algo de lo que no sabemos los resultados. Me consta, por mi propia vida, que el feminismo ha cambiado mucho a México pero todavía le falta muchísimo por cambiar y sobre todo, por llegar a todas las mujeres en todos los rincones del territorio.

WDH: Entonces, desde su perspectiva sociológica, no importa que la voz sea femenina o masculina.

SS: Exactamente. Lo que importa es que sea una voz que sirva para entender lo que pasa en México y para ver en qué puede contribuir a cambiarlo. Si esa voz en este momento fue mía, está muy bien. Si no, también. Lo que importa es que exista.

El feminismo en México empezó siendo de mujeres, ahora ya no. También es de otras personas de la sociedad que están en esa lucha y en esa causa. Da igual que sean o no mujeres las que piensan cómo hay que resolver la situación y la condición de las mujeres en este o en otros países. No podemos cerrarnos (ya hablamos de eso al principio)

con el esencialismo, a que tenga que ser una mujer la que hable de las mujeres, a que tenga que ser un joven el que hable de jóvenes, a que tenga que ser una afgana la que defienda a las mujeres afganas. Las mujeres norteamericanas hicieron que el mundo supiera (y se opusiera) a la situación de las mujeres de Afganistán en tiempos del Talibán. Lo que hemos aprendido en el mundo globalizado es que mi voz desde México tiene peso e importancia para África y para Asia como la de ellos para nosotros. Por supuesto, ellos sabrán cómo la quieren utilizar y cómo les va a servir, pero uno se las tiene que prestar, que colaborar, que dar. No es asunto nada más mío ni nada más de aquí y ahora, ni nada más de mujeres. No nos podemos reducir a este tipo de clasificaciones.

WDH: A través de una carta abierta escrita en 1994 a su colega Óscar de la Borbolla, usted le explica la verosimilitud de Gabriela, “la personaja” (*¿Son mejores las mujeres?* 59)³ de su novela *Todo está permitido* (1994), por su sujeción. Usted le provee a su colega una manera de entender los feminismos y le invita a entender la gama de géneros y sexualidades que pueden existir en una mujer. ¿Esto tuvo algún efecto o inspiró alguna respuesta?

SS: No sólo a Oscar le he dicho esas cosas, en el libro hay otras cartas. Cuando empezábamos las mujeres a ver que los hombres no estaban entendiendo que tenían que cambiar su manera de vernos, se los teníamos que señalar. Ellos en el discurso nos decían nosotros apoyamos la causa, pero a la hora en que ese discurso se volvía su trabajo, su vida cotidiana o su literatura, se quedaba siendo el mismo de antes. No es fácil cambiar una manera en que fuiste educado, en que te enseñaron a pensar. A mí me creó muchos problemas porque con varios de esos amigos muy queridos pues ya no son mis amigos. Otros sí aguantaron la crítica y empezaron a replantearse las cosas a la hora de escribir y otros simplemente me dijeron que a mí no me importa esa manera que tú tienes que ver las cosas, yo voy a seguir diciendo lo que yo tenga que decir y escribiendo como yo quiera escribir. A fin de cuentas, lo que realmente terminó por modificar el pensamiento de estos autores fueron los avances del feminismo como una cultura en la sociedad mexicana. Entonces, los escritores empezaron a tener vergüenza de ser misóginos, o por lo menos a no atreverse a decirlo abiertamente, pero no porque yo se los hubiera dicho sino porque el feminismo, como manera de pensar, empezó a correrse en la sociedad mexicana. Para

mí fue muy fuerte en el momento en que esas cosas pasaron y darme cuenta del enojo de mis amigos pero, con el paso del tiempo, todas esas cosas ya quedaron atrás.

WDH: ¿Cómo percibe usted su propia *posicionalidad* discursiva ante la sociedad mexicana actual?

SS: Como ya te dije, yo no la percibo. Yo sé que me leen porque soy una autora que vende mucho en México y porque afortunadamente para mí, recibo muchas cartas y correos electrónicos, en la calle la gente me detiene y me hace preguntas, me encuentro citada en algún lado y hay lectores que se toman la molestia de mandarme con muchísimo detalle muchísima información y muchísimas correcciones a mis libros, que los han leído con un cuidado que ni siquiera yo he tenido. Entonces, eso me hace darme cuenta que la gente me lee, que me leen en el periódico donde escribo cada semana desde hace 20 años, que hay jóvenes que acuden a mis cursos en la universidad, mujeres que van a mis conferencias. Entonces te das cuenta que lo que estás diciendo tiene un eco, pero yo no sería capaz de decir que si esa *posicionalidad* tiene alguna repercusión o no la tiene. Me he ocupado poco de la recepción de mi obra porque estoy más ocupada produciéndola y porque, además, no creo que me corresponda a mí decir si esto es importante o no es importante. Yo estoy diciendo lo que tengo que decir, pensándolo y difundiéndolo lo más que puedo porque creo en mis ideas y causas, pero lo que pasa después ya no lo sé en detalle.

WDH: Por medio de esta entrevista, ¿hay algún otro tema que usted le gustaría desarrollar?

SS: Quisiera resumir lo que he dicho: que mis campos de trabajo son entender de manera sociológica lo que pasa en México: en la cultura, en el discurso, en la historia y con las mujeres. Que en mis libros y artículos he ido trabajando con una mirada creciente, abarcando cada vez un círculo más amplio para responder a mis búsquedas. Empecé con la teoría, seguí con la literatura, luego con las mujeres, de allí pasé al discurso público y ahora estoy en la cultura en su sentido más amplio.

Que mi objetivo ha sido también hacer de mis trabajos un discurso creativo, que no tiene que ser tan estrictamente académico. Mis primeros textos eran mucho más complejos (por ejemplo *La teoría de la literatura de Lukács* (1979) o mis capítulos en el libro *Literatura, ideología y lenguaje*, (1977))⁴ pero con el tiempo, me gusta más que la

gente no académica pueda entenderlos también, sin que eso signifique decir cosas menos rigurosas o sólidas, sino decirlas de manera que cualquier persona pueda leerlas y entenderlas.

He escrito tres novelas y varios libros de ensayo, muchos capítulos en libros, artículos en revistas y cientos de artículos periodísticos, he dado conferencias y cursos en mi país y en otros países del mundo, algunos de mis textos se han traducido a otros idiomas y se han llevado al cine, teatro, radio y libros escolares. Si en algo vale todo eso, es que lo que yo tengo para decir les sirva y les interese a otras personas, que las motive a pensar, escribir, discutir o cambiar las cosas, lo mejor que cada quien pueda. Yo no sé si eso está pasando, pero eso es que me gustaría que pase.

Notas

1. El *mujerismo* se refiere al esencialismo extremista de algunas feministas que mantienen que la mujer es superior a los hombres. Véase la Presentación de Marta Lamas del libro de Sefchovich *¿Son mejores las mujeres?* (16).

2. Por favor de ver: Foster, David William. “País de mentiras; la distancia entre el discurso y la realidad en la cultura mexicana”. *Chasqui* 38.2 (2009): 216-19. Print.

3. Sefchovich, Sara. *¿Son mejores las mujeres?* México: Editorial Paidós Mexicana, 2011. Print.

4. Se refiere a dos ensayos: “Georg Lukács” (1976) y “Lucien Goldmann y el estructuralismo genético” (1976).

